

Á COLÓN

Descubridor de un mundo y adivino,
¡ Quién á mi pobre lira cuerdas nuevas
Añadiera, ó del lírico de Tebas (*)
Diera á mis manos el laud divino,
Ó de aquél por quien osa
La palma á Tebas disputar Venosa ; (**)
Para poder con arte
Digno de tu grandeza celebrarte !
Que á igualarla tan sólo alcanzaria
De aquel divino par el alto metro
Á quien corona y cetro
Dió del lírico canto Poesía :
Mas, aunque remontarse no presumen
De tu grandeza al tan remoto cielo
Las cortas alas de mi infante numen,

(*) Pindaro nacido en Tebas.

(**) Horacio nacido en Venosa.

En entusiasmo tanto,
Y sed de celebrarte y vivo anhelo
Tu rara excelsitud mi pecho inflama,
Que me fuerza á juntar mi humilde canto
Con el sonoro aplauso de tu fama.

Yo que hijo soy del mundo descubierto
Por tu divino acierto,
Yo que nunca sin ti de la honda nada
Salido hubiera de la vida al puerto,
Mi agradecida voz es bien que añada
Á tan glorioso unánime concierto.
Mi amor mi audacia excusa ;
No la ofrenda desdeñes de mi musa,
Ni su débil ensayo,
Que si, siempre más diestro,
Cuanto más las crecientes alas usa
Á más altura se remonta el Estro,
Hasta que al ave que administra el rayo
De Júpiter airado desafía ;
La fuerza uniendo un día
Y en el difícil arte la destreza
Á su instintiva ingénita osadia,
Podrá mi ingenio, á grandes vuelos hecho,
Menos indigno canto dedicarte
Y dilatar así por toda parte
No tu nombre á que el mundo viene estrecho,
Sino el de tu cantor, hoy en olvido
Y obscuridad odiosa sumergido.

Mas no será el ingenio humilde mío
El que igualando tan sublime tema,
Entre los hijos de Caliope y Clío
Logre la palma merecer suprema,
Á más dichoso vate reservada
Que á ti consagre el épico poema
Que ha de vencer á la divina Iliada.

¿ Quién, entre los varones inmortales,
Que, desde que girando está la rueda
De los siglos veloces
Celebran de la tierra los anales
Y de la Fama las canoras voces,
Hay que tantas y tales
Glorias en sí reuna,
Que competir contigo osado pueda,
Oh solo á quien no falta gloria alguna ?
Que Dios en ti, de su creación contento,
Juntó adivinador entendimiento,
Constancia vencedora de fortuna,
Valor de que se espanta el Valor mismo
Y que halla en el peligro su elemento,
Irresistible mágica elocuencia,
Fé de santo y piedad, de rey clemencia...
Mas ¿ dónde sin consejo así me abismo ?
¿ Ni quién sintió jamás vanos antojos
De contarle á la mar toda su arena,
Ó todos sus hermosos claros ojos
Á la noche de estío más serena ?
Pues no los soberanos
Dones que te dió el cielo fueran menos,

Que humedece la mar minimos granos
Ó que abre estiva noche ojos serenos.
Y, si en mil y mil héroes te divides,
Uno grande en constancia, en mente vasta
Otro, en empresas éste, aquél en lides,
Cada cual de ellos basta
Á ser de los más claros y mayores
Que cantan de la fama los loores ;
¿ Qué Teseo ante ti ? ¿ qué ante ti Alcides ?
¿ Ó el que, en busca del áureo vellocino,
Por peligrosos campos de Neptuno,
Nunca sulcados antes de otro alguno,
Más avaro que audaz, se abrió camino ?
¿ Qué en fin cuantos endiosa
Remota antigüedad y mentirosa ?
Exceden tus hazañas verdaderas
Sus mentidas fantásticas hazañas,
Que, ni con sus extrañas
Ficciones lisonjeras,
Pudo jamás la fábula ingeniosa
Ser una profecía
De lo que en ti la tierra admiraría.
Y, como en lo pasado
Buscar es vano á tu virtud modelo,
Ni hasta hoy en héroe alguno tu traslado,
Desde que fuiste, ha contemplado el suelo,
Vaticinar no tema
Mi profético canto que no guarda
El anchuroso obscuro
Seno de lo futuro,
Ni la posteridad verá más tarda
Quien la palma suprema

Ose jamás demente disputarte,
Y á ti no sea lo que al todo parte.

Á la capacidad viniendo estrecho
De tu ambicioso pecho
El mundo conocido hasta tus días:
« ¿ Será que del terrestre
Planeta, así dirías,
De los humanos natural morada,
El horrendo océano inhabitable,
Sin que isla alguna en él la frente muestre,
La contraria mitad entera invada?
No, ser no puede; sueña
Quien la tierra imagina tan pequeña
Cual su breve traslado nos la copia.
Inmenso misterioso continente
Guarda la mar de Atlante prisionero,
Y su ser que de lejos ve mi mente,
Con mi presencia, con mi vista propia,
De cerca osado confirmar espero:
De la suerte la envidia no lo estorbe,
Y seré yo el primero
Que dé la vuelta, como el sol, al orbe;
Salvando las fantásticas señales
Que de océano incógnito el misterio
Y la ruin poquedad de los mortales
Á la tierra pusieron abreviada,
Contrapuesto hemisferio
Apartado dejando en cautiverio,
Y sumergido en una nueva nada. »

Tu república patria preferida,
Venecia rica y en el mar potente,
Y lusitano, anglo y francés monarcas,
De quienes quiso coronar la frente
Tu mano ó liberal ó agradecida
Con el laurel de innúmeras comarcas,
Desecharon tu espléndido presente;
Y de su torpe escarnio fiel al uso
Que á cada audaz sublime
Hallador de lo nuevo siempre opuso,
Sin que al predestinado desanime,
Nombre el mundo te dió de ciego iluso.
¡ Cuánta entonces tu angustia considero
Con el recelo fiero
De no encontrar acaso,
Quien el socorro te prestara escaso,
Y de que hundiera la profunda huesa
Junto contigo tu divina empresa!

Mas de tanto contraste
Que te opuso la saña
De la suerte, envidiosa de tu hazaña,
Nunca vencer tu corazón dejaste,
Y al fin á la dichosa
Presencia de magnánima princesa,
Que levantarse á comprenderte pudo,
Te guió la amistad; fé generosa
Dió á tu extraña magnífica promesa,
Y, uniendo en fuerte nudo
Su gloria con la tuya,
Nunca será que el tiempo la destruya.

Y á vista de la turba que asombrada
De tan nueva jornada,
Las vastas playas llena,
Á romper de los mares el arcano
Al fin de Iberia sales :
¡ De cuánta heroica escena
No fué entonces testigo el océano !
¡ Jamás las presencié la tierra iguales !
¿ Con qué ánimo lograste tan sereno
Poner rápido freno
Al espantable injusto
Motín de la feroz marinería
Que, poseída de un extraño susto,
Y juntamente de sangrienta saña,
Con voces de amenaza te pedía
La rauda prora convertir á España ?
¿ Rayos brotaba tu semblante augusto ?
¿ Algún numen hablaba por tu boca,
Que así domaste el corazón de roca
De aquel bando en tu muerte conjurado ?
Cuando al Señor enviabas solitaria
Fervorosa plegaria,
¿ Los soberanos cielos
Dejaba por tu lado
Alado mensajero de Dios pio,
Para traerte fuerzas y consuelos ?
Al mirar siempre en torno cielo y onda,
Y que era siempre el centro tu navío
De la ancha mar redonda ;
Cual si nunca jamás el centro frío,
Según lo recelaba tu escuadrilla,
Hubiese de ofrecer á tu carrera

El dulce fin, apetecido en vano,
La lisonjera fabulosa orilla ;
Como si nunca de acabar hubiera,
Ó solamente donde el orbe acaba
Aquel trémulo llano :
¿ Cómo, dime, ¡ oh Colón, ! no te arredraba
Tanto peligro, tanto horror que á tantas
Almas amedrentaba, aunque españolas,
Y por do apenas aun la misma Musa
Osa seguirte con pavor confusa ?
Viendo que tan seguro te adelantas
Por medio aquellas misteriosas olas,
¿ Quién no dirá, postrándose á tus plantas,
Que privilegio celestial consiente
Que á tus pupilas solas
América remota esté patente ?
¿ Ó que no es para ti ya extraña y nueva,
Y que por vez primera no te lleva
Á su apartada playa
Tu presurosa nave,
Que la ancha senda que sulcó ya sabe,
Y va segura hacia do el sol desmaya ?

¿ Mas no temes que sea
Hija de engaño tu atrevida idea ?
¿ Ni un instante la duda
Asalta la constancia que te escuda ?
Piensa en el justo escarnio que te espera
En la hispana ribera,
Si no es extraño pensamiento cierto ;
Dado que al fin á puerto

Tu nave frágil á llegar acierte,
Y huyas la horrenda misteriosa muerte
Que guarda á ser terreno
Del océano el extranjero seno...
Mas mis voces desoyes, y adelante
Tu leve carabela,
Que á tu impaciencia perezosa vuela,
Diriges impertérrito y constante.

Y, aunque en tan nuevo viaje y peligroso
Sido hubiera tu guía
Ciego error de tu ilusa fantasía,
Y aunque hasta aquel instante
De América gigante
Desierto hubiera estado el océano,
Porque tanto valor no fuese vano
Y constancia tan rara,
El brazo omnipotente
Por ti solo creara
El mundo que llevabas en tu mente.

Llegó por fin la suspirada hora ;
Y, al clarear de la rosada aurora
Los primeros albores,
Á tu absorta mirada,
Vestida de espesísimos verdores,
Se presentó la tierra deseada,
Que la noche sombría
Ocultaba entre sus velos mantenía ;
Y no alterada aun por los humanos,
Antigua añosa infante,
El primero enseñó bello semblante
Con que salió de las divinas manos.

Como Dios en el día del reposo,
El infante universo contemplando,
Que tan vario y hermoso
Dejaba el centro obscuro de la nada
Obediente á su acento poderoso,
Se recreaba en el secreto seno
De su inmensa grandeza bienhadada ;
Tal de gozo inefable tu profundo
Pecho sentiste lleno,
Al contemplar desde tu nave el mundo
Del cual tú fuiste creador segundo.

¡ De qué súbito asombro y maravilla
No se llenó el antiguo, á tu dichoso
No esperado regreso !
¡ De qué orgullo Castilla
Que tu promesa, para el hombre insana,
Cumplida así palpaba con exceso
Y á quien de un mundo hiciste soberana !
Sus mil sonantes bronce,
En celebrar tan único suceso,
Con labio ansioso, en otros hechos mudo,
Cansó la pregonera Fama entonces,
La Fama que por ti dilatar pudo
En ámbito mayor tu excelso nombre,
Sin que á tu nombre aun baste,
Digno de más, el mundo que doblaste.

Y, así como en los bárbaros rigores
De fortuna siniestra
Lucieron tu constancia y sufrimiento,
En medio de la dicha y los honores,

Diste de tu templanza heroica muestra;
Que de la suerte al inconstante viento
Las grandes almas, de la tuya hermanas,
No obedecen livianas,
Y de la vida en todas las fortunas
Y vaivenes son unas;
De escollo empinadísimo al estilo
Que las ondas, ya mansas, ya furiosas,
Encuentran siempre inmóvil y tranquilo
Y á sus mudanzas mil indiferente;
Así en el mar inmenso de las cosas,
Ya en calma esté y sereno,
Ó ya la tempestad turbe su seno,
Ellas iguales son constantemente,
Pues triple acero el corazón les viste,
Y con igual semblante
Las mudanzas sin fin universo
Presencian; tal tú el mismo siempre fuiste,
Superior igualmente
Al próspero destino y al adverso.

Mas no tardaron los veloces años
En darte sus usados desengaños,
Y en olvidar los hombres tus inmensas
Portentosas hazañas y altos hechos,
É increíbles servicios celestiales
Que no igualaran nunca recompensas;
Malvados, viles, envidiosos pechos,
Hombres no, pero monstruos infernales,
Baldón de España y mengua,
Cuyos nombres omite el labio mío,
Porque no manchen, al pasar, mi lengua,
En tu propia comarca y señorío

Tus venerables manos con esposas
Ataron afrentosas,
Y te hundieron en negra cárcel triste:
¡Ay Dios! ¡quién lo creyera! ¡oh cruelhado!
¡Inaudita maldad! ¿cómo pudiste,
Justo cielo sagrado,
Consentir tan horrenda alevosía?
¿Cómo alumbrarla tú, dador del día?
¡Y no ya en triunfo, cual la vez primera,
Que eterno para ti durar debiera,
Sino cual malhechor aherrojado
Llegar á su ribera
Te vió la ingrata indiferente Europa!

¡Cuál tu vivir fué entonces lastimero!
¡Cuán triste y largamente
De la amargura la colmada copa
Apuraste paciente,
Hasta que el mudo acero
Cortó de Atropos tu vital estambre!
Y ¡oh del siglo baldón no encarecido
Gimió tu santa ancianidad sujeta
Á las congojas de miseria y hambre;
Y el más rico varón que el tiempo vido,
De quien era el caudal medio planeta,
Murió en tanta pobreza y desamparo
Que casi se igualó con el mendigo,
De la tierra desecho,
Con quien hado enemigo
Fué hasta en la muerte avaro
De la veste postrera y postrer lecho!

Si, que en la baja esfera
Do nos destierra el cielo soberano,
Es la desdicha fiera
Calidad de grandeza verdadera :
Nada turbe tu paz, ¡ oh! Dios humano ;
Que si tu mortal vida
Fué por tantas desgracias afligida,
Los ríos volverán á su alto origen,
Cubrirá el mar del hombre la morada ;
Del sol en torno sus antiguas vueltas
Suspenderá la tierra, y todas sueltas
De las eternas leyes que las rigen
Y armoniosa danza concertada,
Las altas ruedas, entre si revueltas,
Chocarán como naos
En mar alborotada ;
Y tornará la creación al caos,
Antes que la memoria jamás muera
Del varón sin segundo
Que acabar pudo la mayor hazaña
Que ha visto la pasada ó ver espera
La edad advenidera ;
Sin cuyo numen y constancia extraña
Aun estuviera despojado el mundo
De su más bello, espléndido, fecundo,
Rico y sublime y grande continente,
Que la mitad del mundo ocupa solo ;
Á quien, cual ancha faja, la cintura
Ciñe la ardiente zona,
Y un polo es de su frente alta corona
Y estrado es de su planta el otro polo.

Y, si suyo también no fué tu nombre,
Y así agraviarte quiso hado tirano,
Ve su perverso intento salir vano,
Pues ¿quién hay que con ira no se asombre
Clamando : « ¿ El más injusto ciego olvido
Y culpa de los hados y del hombre
Es que el alto lugar inmerecido
Usurpe en el moderno continente
Al divino apellido
De su descubridor, nombre que miente ? »
Y así tu nombre brilla en él ausente
Con doble resplandor esclarecido.

Á UN CÓNDOR ENJAULADO

Un tiempo allá en el suelo americano
Te aclamaba por rey la alada plebe,
Y de los Andes la más alta nieve
Atrás dejabas en tu vuelo ufano:

El espacio sin fin del aire vano
Era tu imperio ; mas en cárcel breve
Hoy en vano tus alas alza y mueve
Tu no perdido instinto soberano.

¡ Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apiadas
Preso y en suelo, como yo, extranjero!
Mas yo pronto á las playas adoradas
De mi dulce Perú volver espero,
Y tú, blanco curioso á las miradas,
Ausente morirás y prisionero.